

Cartografías de la Gruta

Tejer la periferia, hacer territorio, construir ciudadanía

Eduardo Álvarez Pedrosian, Luciana Almirón, Karina Culela, Alicia García Dalmás y Ximena Pintado¹

Resumen: Este ensayo es fruto de una experiencia de investigación etnográfica de carácter colaborativo y experimental, junto a técnicos de un Centro Juvenil ubicado en las proximidades de Casavalle, Montevideo. A partir de ejercicios de mapeo colectivo, recorridas y análisis de otras fuentes de información, procuramos generar conocimiento sobre las condiciones contemporáneas de la periferia urbana, a un tiempo que se plantea una línea de intervención con la población, en particular con los jóvenes residentes en estas zonas. En primer lugar se contextualiza la investigación, explicitando las condiciones de una *“revisita etnográfica”* a Casavalle y su potencial conceptualizador. Luego, se profundiza desde una *“experiencia oblicua”* la conceptualización del territorio en cuestión, desde el caso singular proyectando diferentes niveles y sentidos de generalización en relación al habitar urbano contemporáneo. Posteriormente se pasa a una propuesta de intervención ligada a las características distintivas del fenómeno, lo que a un tiempo nos permite profundizar en la conceptualización del habitar y los procesos de subjetivación, la prácticas de diseño y comunicación, apelando a la emergencia de *“sujetos cartografantes”* desde un *“activismo expresivo”*. Finalmente, se concluye poniendo el acento en reflexionar sobre los modelos de ciudad que están en juego principalmente desde las políticas sociales y otros agentes, afirmando la necesidad de concebir formas híbridas de *“rurbanidad”* e intentando superar la precariedad característica de una forma de habitar históricamente reproductora de exclusión y vulneración de derechos.

¹ Programa en Comunicación, Arquitectura, Ciudad y Territorio, del Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (ACTCom, Labtee), Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República (FIC-Udelar).

1. Preámbulo

A fines de 2017 fuimos convocados por el equipo técnico de un Centro Juvenil, una de las organizaciones que, como tantas, actúan en contextos sociales como respuesta a lo que se diagnostica oficialmente como una situación general de vulnerabilidad. En este caso, las acciones están dirigidas a jóvenes no insertos en el sistema formal educativo. Estos se encuentran, a su vez, expuestos a otros tipos de fenómenos de exclusión y precariedad existencial, interrelacionados en una suerte de círculo vicioso letal. La demanda era la de brindar una charla al equipo sobre la zona de Casavalle, en base a nuestros antecedentes de investigación e intervención al respecto (Álvarez Pedrosian, 2013). Zona paradigmática de la llamada periferia urbana, Casavalle incluye, en su acepción más amplia, el territorio en el que residen la gran mayoría de los jóvenes con los que el Centro debe trabajar (las inmediaciones del santuario de la Gruta de Lourdes), dada la demanda oficial y los compromisos asumidos por la institución de base, una de las congregaciones religiosas que históricamente se encuentran instaladas allí. El propio Centro se localiza a un lado de esta zona emblemática de Montevideo, siendo el vínculo entre los territorios en juego una problemática central en el quehacer cotidiano del equipo, razón por la cual surge la iniciativa por querer profundizar en su estudio y problematización, así como en la temática territorial en general, de la cual dependen las estrategias de abordaje (Fagundez D'Anello, 2018). Desde nuestro colectivo, el Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental, respondimos la invitación con una contrapropuesta más ambiciosa, siguiendo nuestra línea de trabajo en términos investigativos y de intervención social: generar un proceso de exploración compartido, practicando el diálogo de saberes y la creación conceptual desde el ejercicio de la etnografía experimental y colaborativa. Este ensayo es resultado de dicha experiencia, se sustenta en ella para desde allí aportar a la reflexión y análisis de las problemáticas del habitar urbano contemporáneo, procurando a un tiempo brindar insumos que sean traducibles en políticas, dispositivos y acciones específicas.

Nos encontramos junto a los educadores, maestros, trabajadores sociales y psicólogos en la preocupación por la situación de los jóvenes y habitantes en general de territorios de la periferia montevideana como Casavalle, los efectos de las políticas públicas y las búsquedas de salidas a las condiciones de precariedad y violencia en sus más diversas manifestaciones. Entendemos que hace falta cuestionarse por la misma forma en que nos hacemos sujetos en tales circunstancias, dentro y junto a los ambientes que habitamos (Heidegger, 1994; Ingold, 2000). Para ello es necesario considerar las condiciones de vida de todos los involucrados, incluidos los técnicos,

investigadores y trabajadores en general insertos en los territorios de intervención. El propósito compartido fue aportar una mirada crítica y comprensiva del estado de situación, que permitiera producir conocimiento transformador a un tiempo que habilitara procesos de intervención tendientes a ello. Si bien es cierto que existen diagnósticos más o menos pertinentes al respecto, no deja de ser necesaria una tarea constante que se retroalimenta con la construcción de soluciones parciales, tomas de decisiones y rumbos para las acciones. Encontrar dispositivos y desarrollarlos en prácticas transformadoras con los jóvenes, depende en gran medida del componente investigativo que pueda integrarse en él. Maximizar los tiempos, según las finalidades explícitas de colectivos como los del Centro Juvenil u otros, requiere de una caja de herramientas teórica en constante revisión. Esta dinámica involucra un trabajo sobre las perspectivas, roles y quehaceres de estos equipos, junto a la discusión sobre las condiciones concretas establecidas por las autoridades que los regulan. Se trata de una dimensión epistemológica donde los saberes, las capacidades y los conocimientos que se generan son reflexivamente evaluados, con miras a optimizar las articulaciones necesarias y enfocar las fuerzas disponibles.

Existen diversas formas de abordar las temáticas que nos ocupan, generalmente identificadas bajo el rótulo de estudios culturales urbanos (Gorelik, 2004). En nuestro caso aportamos desde la articulación de la antropología (y sus conexiones con la psicología social y la geografía cultural), la arquitectura y la comunicación, en tanto campos de saberes más o menos disciplinares según áreas y dominios específicos, conjuntos de prácticas profesionales con sus perspectivas epistemológicas y ontológicas, lo que implica a su vez un trabajo filosófico sobre los conceptos utilizados (Álvarez Pedrosian, 2014). En esta conjunción, pensar, conocer y propiciar acciones tendientes a la creación de *“universos existenciales”* (Guattari, 1996), *“ambientes para la vida”* (Ingold, 2012), es central. Focalizarnos en ellos nos ayuda a analizar y actuar en los contextos a partir de las tramas de mediaciones socio-territoriales, el diseño en que los seres y las cosas componen entornos, donde habitar es subjetivarse de cierta forma (Heidegger, 1994; Álvarez Pedrosian & Blanco Latierra, 2013; Álvarez Pedrosian, 2016). Nuestro aporte, en tal sentido, está planteado desde el ejercicio de la etnografía contemporánea, como estrategia integral de producción de conocimiento centrada en la experiencia del extrañamiento, la problematización de los límites de lo posible y el cartografiado de los procesos de subjetivación con miras a lo que puede venirse, o sea, prospectivamente. Ello encuentra en los estudios sobre las mediaciones del habitar una dimensión clave, entre lo incierto, frágil e incipiente de la existencia más ordinaria (Álvarez Pedrosian, 2018a), según una antropología de lo emergente, orientada a lo que nace, se transforma y está en proceso (Agier, 2011). Aquí tocaremos temas y

planteos que pueden rastrearse en estudios culturales urbanos, estudios críticos del desarrollo, de la comunicación, ecología urbana, arquitectura sustentable, economía solidaria, diseño participativo, urbanismo táctico, ejercicio del derecho a la ciudad y la ciudadanía, entre otros. Como propuesta etnográfica, es una invitación a que desde lo más profundo de la implicación, a la que accedemos siempre en forma parcial, singular, gracias a alianzas, diálogos y problematizaciones compartidas desde acontecimientos suscitados para la producción de conocimiento con ciertos protagonistas directos de los fenómenos de investigación, se pueda emprender un proceso de pensamiento que brinde herramientas generales para su abordaje, y en tal sentido, entre en diálogos a su vez más vastos y potencialmente ilimitados con otras realidades y enfoques sobre ellas. En este caso, se trata de una clásica *“revisita etnográfica”*, pero desde otro lugar, como debe hacerse, tanto por el equipo conformado como por las realidades en cuestión. Esta vuelta a casi una década de emprendida la investigación específica precedente, y a un lustro de su conclusión (Álvarez Pedrosian, 2013), nos permite plantear una serie de consideraciones sobre la situación de la periferia urbana contemporánea, las necesidades imperantes y esbozar posibles líneas de trabajo.



1. Algunas de las antiguas quintas se convierten en amplios terrenos donde instalar depósitos de chatarra para la reventa. Ejemplo sobre camino de las Instrucciones del lugar que ocupan los desechos en la zona.



2. Instalaciones militares características de la zona. Estas grandes superficies, junto a la del Cementerio del Norte, constituyen barreras entre un primer anillo periférico y la interface rural-urbana. La milicia y la policía son una de las fuentes de inserción socio-laboral de la población, especialmente hombres soldados de bajo rango.

2. Casavalle desde la Gruta de Lourdes: una experiencia oblicua

Todo territorio está compuesto por fuerzas que tienden a su afianzamiento así como a su disolución. Se trata de la desterritorialización, necesaria para la plasticidad y flexibilidad en una cotidianidad habitada por entidades y seres de variada índole. La cuestión es la forma que esto adopta en relación a los procesos de subjetivación que se encarnan, siendo a un tiempo liberación y sometimiento a condiciones existentes que se perpetúan (Deleuze & Guattari, 1997; Haesbaert, 2011). La periferia montevideana contemporánea, y Casavalle en tanto paradigma, está conformada como un “*patchwork*”: colcha de retazos de fragmentos de distintos puzzles. Hay una desterritorialización circunstancial a la conformación de este “*depósito espacial*”, que va instalándose como condición de su producción y reproducción (Álvarez Pedrosian, 2013), fruto de una sucesión en principio inconexa de políticas habitacionales y actos deliberados de expulsión de población de las zonas consolidadas de la ciudad durante la mayor parte del siglo pasado (Cecilio, Couriel & Spallanzani, 2003, pp. 56-124; Lombardo, 2005). Cuña de lo rural en lo urbano, la zona desafía las nociones de ciudad en su misma constitución (Williams, 2001). En este contexto, los procesos de adaptación, apropiación y modificación vernácula, más o menos materializados significativamente según perfiles poblacionales, dan como resultado una “*multi-territorialidad*” (Haesbaert, 2011) cada vez más compleja en la heterogeneidad y tipo de relaciones entre sus componentes.

Existen tres tipologías arquitectónicas, que también pueden considerarse centrales para comprender las formas de habitar de quienes residen y pasan la mayoría de su vida atravesados y envueltos en este tipo de territorialidades. Barrios tradicionales como Jardines del Borro, complejos habitacionales, históricamente de bajos costos, desde las Unidades Casavalle (*Las Sendas*) y Misiones (*Los Palomares*) a Núcleos Básicos Evolutivos o cooperativas para personal subalterno del ejército, y asentamientos, los antiguos *cantegriles*, más o menos regularizados, cada uno con sus particularidades (Cecilio, Couriel & Spallanzani, 2003). Las relaciones entre las tres formas espaciales y sus territorialidades marcan fuertemente a los habitantes en sus múltiples cualidades definitorias: según género, edad, procedencia étnico-racial, movimientos migratorios más o menos auto-reconocidos, prácticas cotidianas identificadas como propias de una condición compartida, etcétera. Todo ello se expresa en dicha multi-territorialidad característica. Son determinantes las fronteras, los repliegues sobre sí mismos y la mezcla de aislamiento y vacío que esto genera, configurándose en las espacialidades y desde allí condicionando toda práctica. Cualquier territorio existencial, en la multidimensionalidad de los seres y entidades que lo pueblan, es concebible

gracias a las fronteras: toda identidad es tal gracias a una otredad. Pero lo necesario para ello es reconocer los umbrales, solapamientos, graduaciones, y todo tipo de proceso fronterizo: toda identidad es múltiple en su misma conformación, la otredad está dentro (Deleuze & Guattari, 1997; Guattari, 1996). Cuando esto es negado, la fragmentación de los múltiples territorios vuelve a producir la atomización de las unidades, trayéndolas una y otra vez a la condición de elementos de un “*depósito espacial*”, con lo que significa para quienes lo habitan (Álvarez Pedrosian, 2013).

Para el caso montevideano, y de Casavalle y otras zonas semejantes, esta es la configuración característica, no la de los “*hiper-guetos negros*” al estilo norteamericano, ni los “*anti-guetos rojos*” de las periferias europeas occidentales (Wacquant, 2007). La exploración colectiva del territorio, su cartografiado en la sede del Centro Juvenil planteada por nosotros como disparador del trabajo colaborativo con el equipo técnico, y la posterior recorrida entre trayectos cotidianos, otros nuevos, encuentros y desencuentros en plena exploración de campo, nos permitió acceder a otro Casavalle, o si se quiere, tener otro acercamiento o entrada a la problemática, en función de la investigación precedente focalizada en la Unidad habitacional homónima y sus vecinos inmediatos. En esta ocasión, el santuario de la Gruta de Lourdes, y el cruce entre el arroyo Miguelete y el camino de las Instrucciones, nos posiciona desde otro lugar, habilitando una “*experiencia oblicua*” en varios sentidos. “*Entrarle de costado*” a un territorio puede implicar una carencia, por la falta de visión holística que puede significar, pero también es la oportunidad para trazar una transversal, y con ello, iluminar otras cuestiones, tener otra visión del conjunto, en tanto sepamos que siempre permanece abierto (Boeri, 2010). Esto es más que elocuente cuando de la periferia montevideana se trata, de ese “*patchwork*” o colcha de retazos de elementos más o menos inconexos. Es así que combinamos recorridos preexistentes con nuevos, para diversos agrupamientos de quienes conformamos el equipo de investigación colaborativa (Lassiter, 2005). De esta manera hicimos fluctuar las expectativas, dislocando en lo posible los prejuicios y preconociones de los participantes, desde la representación gráfica del mapa *collage* bidimensional, a la experiencia del andar compartido, haciendo el mapa entre diálogos, imágenes fotográficas capturadas, encuentros con residentes, entrevistas no estructuradas entre algunos, en recorridas ya trazadas y novedosas a un tiempo (De Certeau, 2000; Careri, 2002).²

² Las fotografías que acompañan el texto (salvo se indique lo contrario) son fruto de este trabajo. Fueron tomadas por el equipo del Labtee durante la recorrida compartida desde la sede hasta el entorno donde se encuentran las viviendas de residencia de los jóvenes con quienes se realizan las actividades educativas. Luego se las analizó en conjunto con los técnicos en instancias de reflexión colectiva.

Las cualidades de las espacialidades existentes en Casavalle que planteáramos como definitorias de sus territorialidades, identidades y memorias (lógica de fragmentación, particularización de la autoconstrucción, tensión entre la homogeneización previa de los complejos y el fluir del asentamiento irregular y otras formas prístinas de composición, el hacinamiento y la compartimentación) (Álvarez Pedrosian, 2013), adquieren formas particulares en la sub-zona que puede identificarse como la Gruta, como ocurriría si tomáramos cualquier otra sub-zona y nos sumergiéramos en ella. También se presentan cambios importantes en relación a las políticas habitacionales emprendidas especialmente en la última década, en particular una gran mejora en la calidad de las viviendas. En primer lugar tenemos una dualidad muy fuerte en la estructuración del paisaje: el predio religioso donde se encuentra la gruta propiamente dicha es muy extenso, equivalente a varios de los “barrios” ubicados del otro lado del camino de las Instrucciones, el eje principal de esta sub-zona. El arroyo Miguelete corre oblicuamente a este camino, de ahí su procedencia. Se reconocieron varios asentamientos, algunos de ellos más escondidos y en peores condiciones que otros. El ubicado frente a la gruta e identificado plenamente con ella, de la cual toma su nombre, es de gran importancia, con construcciones de porte. El proceso de particularización es evidente en el paisaje, encontrándonos con edificaciones en dos plantas. Asimismo, en las presuntas dos o tres décadas de vida, muestra un importante “*estriamiento*” (Deleuze y Guattari, 1997; Álvarez Pedrosian, 2016), patente en la serie de senderos que perpendicularmente se dirigen hacia la bajada de las aguas del arroyo, donde en pocos metros se disipan en pequeños meandros. Sobre la entrada principal al santuario religioso, el cruce con la calle Antillas, nos encontramos con una centralidad local, que incluye la terminal de ómnibus, quioscos y almacenes, locales educativos y religiosos de gran importancia incluso a escala ya de la ciudad en general. Allí han nacido y se han criado la gran mayoría de los jóvenes con los que trabaja el Centro Juvenil, y son un ejemplo muy importante del tipo de subjetividades involucradas en estos fenómenos del habitar urbano contemporáneo. Muchos de ellos son parte de la segunda generación de educados en uno de los centros CAIF más antiguos de la zona, dedicado a la atención y cuidado de la primera infancia en contextos vulnerables.



3. Predios con características “rururbanas” a orillas del pequeño puente sobre el arroyo Miguelete. Emprendimientos familiares como pequeños almacenes para el consumo local son una estrategia corriente.



4. Pasajes entre viviendas autoconstruidas del asentamiento Gruta de Lourdes, de décadas de existencia. Una espacialidad laberíntica formalizada con el paso del tiempo según el eje principal del camino de las Instrucciones y tensionada por la Gruta en frente. Detrás, el arroyo Miguelete.



5. El parque que rodea la gruta es en sí mismo un territorio múltiple y de grandes valores en sus diversos sentidos. Desde la perspectiva de los vecinos más asiduos, antes de ser un santuario religioso y un lugar turístico, es un espacio de encuentro, el del paseo del mate del domingo; un “espacio público”.



6. “Centralidad local”: el cruce entre camino de las Instrucciones y Antillas, ante la entrada a la Gruta, a metros de la terminal de transporte urbano de pasajeros. Puerta de entrada y salida hacia el interior del barrio Borro desde el norte y otras entidades territoriales de Casavalle hacia el este. En primer plano dos anuncios de empresas de telefonía móvil.

Según los datos disponibles (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003; Lombardo, 2005; INE-PIAI, MVOTMA, 2006), las instalaciones religiosas datan de 1940, inaugurándose la nueva gruta en 1947. Próximas al Barrio Obrero Instrucciones-Municipal (fundado en 1940), se mantuvieron relativamente distantes de otros fraccionamientos y urbanizaciones, debido al arroyo Miguelete, la cañada Matilde Pacheco y sus entornos. Entre el barrio Jardines del Borro (1926) y la Gruta, mediaba el ecosistema característico de los cursos de agua de entonces. Para cuando se construye la Unidad Habitacional Casavalle I (1957-1958), el territorio que media entre esta, el Borro y el santuario, constituye un parque natural, casi agreste, incluso con elementos de equipamiento, lo que nos remite a lo que ha quedado dentro de las fronteras del predio religioso estrictamente. El espacio intermedio va siendo ocupado por asentamientos irregulares, llegando cada vez más a las cotas inundables del arroyo y la cañada. De todas formas, hay que esperar a mediados de la década de 1990 para ver erguirse el que se ubica justo en frente a la Gruta y que toma su nombre. Puede ser considerado uno de los más poblados de la zona, con estimaciones que lo ubican entre los de más de mil habitantes aproximadamente una década y media después de su aparición (INE-PIAI, MVOTMA, 2006). Siguiendo los meandros del arroyo Miguelete y la cañada Matilde Pacheco, van levantándose pequeños conjuntos de viviendas precarias, distinguiéndose uno significativo, muy próximo, el cual toma un nombre oficial que lo emparenta directamente con el anterior: la Santa Lourdes. Brazos Unidos se despliega sobre la misma orilla occidental del arroyo, también con una importante densidad relativa.

Hace una década, en momentos en que desarrollábamos la investigación precedente en la zona (Álvarez Pedrosian, 2013), se había comenzado a abrir una nueva fila de manzanas sobre los márgenes del arroyo. Nos había servido en su momento para intentar comprender el proceso de expansión de los bordes de lo urbano, las concepciones de vida y los habitares asociados a lo urbano y lo rural según los residentes, así como para problematizar la forma en que los organismos públicos intentaban responder a las demandas de la población. Esta nueva experiencia "*oblicua*", gracias al trabajo conjunto con el colectivo del Centro Juvenil, nos permitió conocer el avance aún mayor de esta expansión. En estos últimos años se ha ido ocupando toda la hilera de manzanas más próxima al arroyo con nuevos complejos habitacionales, entre ellos el destinado al realojo de las familias del asentamiento de la Gruta. A su vez, en los últimos tiempos se ha ido utilizando el nombre Campos de Trápani para referirse al intersticio que media entre el Barrio Obrero Instrucciones-Municipal y el Borro, el que hay que atravesar para comunicar La Gruta con esta nueva urbanización (que puede ser o no considerada parte de este último, el tiempo lo dirá). Campos de

Trápani incluiría al complejo habitacional del INVE para funcionarios militares erigido a principios de los años 1970 y asentamientos como El Milagro y el citado La Santa Lourdes. Esta denominación parece no tener ningún asidero en el lugar, aunque se encuentra en los planos y cartografías oficiales y de acceso público, al igual que otros nombres para áreas cercanas, lo que parece denotar un esfuerzo por ir identificando territorios y estableciendo sus límites. En este caso se apela al antiguo propietario del saladero ubicado allí a principios del siglo XIX, personaje contemporáneo a Pedro Casavalle.

Durante la recorrida que realizamos ambos equipos, experimentamos la desterritorialización de estos espacios tan difíciles de aprehender incluso para los propios residentes. Una de las integrantes del equipo educativo, consultó ante nuestra insistencia a una de las vecinas residentes, conocidas entre sí de hace muchos años, sobre la denominación del sitio, a través de un mensaje de texto desde su teléfono móvil. La respuesta fue que no existía nombre propio para ese espacio. Nos encontrábamos en una suerte de vacío de significación, entre la Gruta y el Borro, para decirlo en los términos locales utilizados por los habitantes en las últimas décadas. Las obras enmarcadas en el Plan Parcial de Ordenación, Recuperación e Integración Urbana de Casavalle (IM, s/f) han hecho posible este recorrido, en particular un nuevo paso sobre la cañada Matilde Pacheco, que permite la buena conexión entre orillas hasta el momento muy difícil de sostener, sentando las bases infraestructurales para tejer un nuevo territorio, "*haciendo espacio*" al establecer el puente (Heidegger, 1994). Es allí donde el rol de las tecnologías de la información y la comunicación se hacen patentes: ante la falta de consistencia física y simbólica del territorio, las redes virtuales consiguen generar los vínculos para establecer algún tipo de entorno espacio-temporal que de forma a la existencia, en tanto el sujeto se constituye como habitante. No es lo mismo, por tanto, la realidad de estos ambientes una vez son sobrecodificados por el cruce de las mediaciones digitales y sus habitantes tienen acceso a dicha información en lo cotidiano (Kerckhove, 2001; Álvarez Pedrosian, 2016).

Existen prácticas y modos de llevarlas a cabo, habilidades y actitudes (Ingold, 2000) propias de formas de habitar heredadas y adquiridas a lo largo de la vida. Quienes experimentan un cambio radical en su entorno, como en el caso de las regularizaciones de asentamientos, especialmente en los realojos (Rodríguez & Rudolf, 2012), pueden sentir el efecto desterritorializante antes descrito actuando sobre sí mismos. Esto puede ser un factor negativo al no permitir la conformación de una vida cotidiana sustentable, un proyecto de vida encausado, un sentido entre las prácticas, pero también es fuente positiva de los caminos para orientarse en tales direcciones, la posibilidad para una re-territorialización, esta vez, digna, afirmativa (Deleuze y Guattari, 1997;

Haesbaert, 2011). Lo cierto es que los jóvenes tienen en muchos casos ancestros directos que fueron parte de la migración campo-ciudad característica del Uruguay moderno (Rial, 1984). Esto incluye una serie de condiciones de existencia signadas por la lucha para sobrevivir, trayectorias migrantes al interior del país y en la región, y una serie de oficios y prácticas asociadas al trabajo manual, la convivencia con animales de carga, cría de otros, el sostenimiento de hogares de sectores acomodados especialmente por parte de las mujeres en tareas de limpieza, cocina y crianza de niños y niñas, y una impronta militar y policial desde los bajos rangos (Álvarez Pedrosian, 2013). A ello hay que sumarle, como tuvimos oportunidad de constatar en nuestros recorridos, la presencia de la nueva oleada migratoria hacia el Uruguay, principalmente de procedencia caribeña.



7. Arroyo Miguelete, entre el antiguo asentamiento al fondo y el realojo en proceso. Puede observarse la contaminación que sufre el curso de agua y el deterioro ambiental generalizado. Un tronco oficia de pasarela entre uno y otro lado para conectar el antiguo y nuevo lugar.



8, 9 y 10: Sucesivas imágenes satelitales en escala decreciente. Curso del arroyo Miguete en Casavalle. No se especifica más información para mantener el anonimato. Sitio donde se proyecta en Parque lineal (IM, s/f). Fuente: Google Earth, 2018.

3. Aportes para una propuesta: la emergencia de “sujetos cartografantes”³

Considerando en retrospectiva el desarrollo de las últimas políticas sociales, se desprende como uno de los mayores aprendizajes hasta el momento la necesaria valoración de las territorialidades y sus mediaciones constitutivas (Reguillo, 2007; Álvarez Pedrosian, 2016), el diseño de ambientes y entornos cotidianos (Ingold, 2012), en el vínculo complejo y paradójico por momentos entre la planificación y las prácticas de los habitantes en sus singularidades (De Certeau, 2000; Álvarez Pedrosian, 2018a). Entre estas últimas, las llevadas a cabo por jóvenes resultan de gran importancia debido a su impacto general, al rol que cumplen como agentes de socialización y por el inevitable relevo generacional. A un tiempo que resultan ser de los actores sociales de mayor relevancia en el conjunto de los habitantes, son de los más descalificados. Consideramos que resulta urgente plantear acciones que intenten desarticular círculos viciosos para montar nuevas dinámicas, esta vez virtuosas, que permitan trabajar directamente en las transformaciones necesarias potenciando a quienes más lo necesitan, junto a niños, niñas y otras figuras tradicionalmente descalificadas y ubicadas sistémicamente en condiciones de mayor vulnerabilidad.

El atravesamiento institucional estatal y religioso desde diversos programas y dispositivos afectan a esta población, según la percepción de los referentes educativos, configurando a las subjetividades desde el lugar de la demanda hacia *“el que viene de afuera”*, en referencia a quienes operan inscritos en organizaciones que llegan a intervenir en la zona. El encuentro con las instituciones formales de educación ha sido fugaz y transitorio; se trata de jóvenes que en muchos casos no han llegado a completar el ciclo escolar y para los cuales la institución educativa busca alternativas de formalización, por ejemplo reduciendo frecuencia y tiempos de asistencia, ya que *“no lo pueden sostener, no tienen elementos.”* Los técnicos que realizan sus prácticas formativas desde la educación social, la popular, el magisterio, la psicología y el trabajo social principalmente, también son afectados por estos procesos inevitablemente. El trabajo explícito desde la reflexividad y la creación de conocimiento aportan para la constante problematización de dichas condiciones que son las que se quieren transformar. Muchas veces estos jóvenes sufren lo que Martín-Barbero (2001) plantea como una de las *“formas más flagrantes de exclusión ciudadana”*, la diferencia entre ser visto y oído, de existir y contar socialmente (Martín-Barbero, 2001, p. 105), y ser visto únicamente como *“alteridad amenazante”* y no como sujetos protagonistas en lo público (García

³ Tomamos la expresión de Acelard & Régis Coli (2010).

Dalmás & Martínez, 2018). “*El grupito a donde van llevan su barrio, no hay empatía ni norma de convivencia. Se exponen y son expulsados.*”

Proponemos considerar tipos de abordajes con los jóvenes en la encrucijada de planteos en principio disociados, en especial los relativos a la sostenibilidad ambiental, la estética y sus formas expresivas, y las prácticas de creación de conocimiento y formación en general, según una perspectiva que podemos identificar con la “*ecosophía*”.⁴ ¿Cómo motivar a quienes se encuentran deprimidos, envueltos en un universo existencial que los empuja al hastío y la apatía? ¿Cómo dinamizar estas vidas precarizadas a un tiempo que se trabaja en pos de transformar las mismas condiciones que los colocan en tal situación de vulnerabilidad? ¿Qué hacer para orientarse en un camino de aprendizaje y crecimiento, de potenciación de las fuerzas vitales, en definitiva, de producción de subjetividad? Apelaremos al protagonismo de las prácticas creativas, donde las herramientas disponibles pueden brindar un primer acercamiento necesario aunque no suficiente, y donde las acciones puedan tener efectos similares a partir de los vínculos ya existentes y los nuevos por generar.

Lo primero es la necesaria sensibilización en relación al entorno, incluyendo a los seres y entidades que lo habitan, los “*actantes*” humanos y no-humanos en capacidades de agencia en relaciones múltiples (Latour, 2008), trabajando en la apertura hacia el afuera del sujeto e intentando desbloquear las corazas emocionales construidas para aislarse y en lo posible anular la percepción de un medio concebido como nocivo. Aquello que los técnicos sociales muchas veces plantean como una suerte de adormecimiento y negación de las otredades más próximas, es lo que hace falta explicitar y procesar, a partir de los relatos y sentidos construidos. A un tiempo, este trabajo colectivo de sensibilización (sobre la percepción y las narrativas construidas desde su tratamiento, en particular visual) se retroalimenta con la experiencia de co-creación, de integrar un equipo donde se retomen, procesen y deriven nuevas prácticas a partir de estas experiencias. Ello se enriquece sumando charlas específicas, a veces con invitados, y mostrando en instancias más íntimas, más abiertas, los materiales que se van

⁴ “El principio común a las tres ecologías [complementarias: social, mental y medioambiental] consiste, pues, en que los territorios existenciales a los que nos confrontan no se presentan como en-sí, cerrados sobre sí mismos, sino como un para-sí precario, acabado, finitizado, singular, singularizado, capaz de bifurcarse, en reiteraciones estratificadas y mortíferas o en apertura procesual a partir de praxis que permiten hacerlo “habitabile” por un proyecto humano. Esta apertura práxica constituye la esencia de ese arte de “la eco” [aquí la raíz eco debe entenderse en su acepción griega originaria: *oikos*, es decir: casa, bien doméstico, hábitat, medio natural] que subsume todas las maneras de domesticar los Territorios existenciales, tanto si conciernen a íntimas maneras de ser, el cuerpo, el entorno o a grandes conjuntos contextuales relativos a la etnia, la nación o incluso los derechos generales de la humanidad. Dicho esto, precisemos que para nosotros no se trata de erigir reglas universales como guía de esas praxis, sino, a la inversa, de extraer las antinomias principales entre los niveles ecosóficos o, si se prefiere, entre las tres visiones ecológicas, los tres vasos discriminantes de los que hablamos aquí.” (Guattari, 1990, p. 70).

generando, con lo cual se trabaja directamente en la construcción de ciudadanía (Martín-Barbero, 2010), desde la experimentación de lo público y sus territorialidades (Álvarez Pedrosian, 2018a, 2018b). Se pueden confeccionar blogs u otras plataformas, de fácil acceso desde los teléfonos móviles de los jóvenes, y con ello propiciar la conformación de territorios virtuales que conecten y retroalimenten las interacciones más allá del espacio-tiempo de los encuentros en la sede del Centro Juvenil. El uso de los dispositivos tecnológicos y las redes sociales con las que se cuenta en forma generalizada resulta fundamental, pues de hecho los jóvenes han producido *“estrategias de inclusión en los escasos márgenes que les brindan (las instituciones educativas formales) en los circuitos informales que generan ellos mismos donde Internet constituye un espacio privilegiado”* (García Canclini en Winocur, 2009, p. 50). Incluso este tipo de propuestas también vuelven a desdoblarse y dar la oportunidad para desarrollar una línea trabajo en clave de educación para los medios, donde problematizar las nuevas formas de violencia practicadas, contrastando con estos otros usos creativos y constructivos de una *“inteligencia colectiva”* (Lévy, 2004). En tanto que la arquitectura de Internet permite un uso intuitivo, accesible y facilitador del trabajo colaborativo, las redes sociales configuran un espacio de interacción social donde los jóvenes son los principales actores, así como también la población más vulnerable, dado el desconocimiento sobre los riesgos y oportunidades que proveen estas tecnologías y las mediaciones asociadas a ellas. Estas prácticas no están exentas de conflicto; estos son dirigidos a una esfera pública de ciudadanías plurales, que se alimenta de la disputa por los valores y sentidos en un juego en el que los otros tienen también derecho a realizar sus propuestas (Mouffe, 1999; Navarro Díaz, 2016).

La temática de estos ejercicios educativos, lúdicos y de experimentación, creemos que debe ser el mismo entorno o ambiente, sus paisajes, espacialidades y temporalidades, el diseño en tanto trama comunicacional donde sujetos y objetos expresan sentidos, cualidades, valores y condicionamientos de una realidad así problematizada (Ingold, 2012; Álvarez Pedrosian, 2016). En este caso específico, los jóvenes y los técnicos sociales del Centro Juvenil se encuentran mediados por recorridos dentro de un abanico de posibilidades, entre los territorios residenciales de unos y la sede de la organización. En vez de ver esto como un impedimento, la idea es aprovechar esta diferencia como espacio analítico en el que experimentar sobre los temas y dimensiones propias de lo territorial. De esta manera lo que puede ser un impase no deseado o a lo sumo librado *“al azar de los encuentros”* –al decir spinozista–, se reconfigura como campo de exploración, espacio de aprendizaje. Acciones, acontecimientos, cosas, seres, y todo aquello que pueda ser aprehendido por las cámaras fotográficas de los teléfonos móviles de los jóvenes (al estilo por ejemplo de mapas de

relaciones entre esferas de vida, organizaciones y contextos), operan de fermento para dinamizar esta comunicación tan necesaria con el entorno y consigo mismos. Ras-trear cartográficamente los sentidos y vínculos entre objetos y seres presentes en el territorio, habilita la recuperación de memorias colectivas, poniéndolas en relación a temáticas y problemas presentes en la vida cotidiana de los involucrados, proyectando nuevos escenarios de lo posible (Diez Tetamanti y Escudero, 2012). Para ello es importante reconocer la centralidad del acontecimiento mismo del mapeo como actividad cognoscente (Dodge, Kitchin y Perkins, 2009). Esto permitiría ir poblando ese territorio en principio poco atrayente en cuanto tal desde procesos que generan y recuperan el sentido de pertenencia de una forma no esencialista, para crear y recrear vínculos significativos con la sede del centro educativo y otros similares, en tanto espacio-tiempo para el encuentro y el trabajo sobre la subjetividad. Se trata de estimular la emergencia de cartografías singulares y singularizantes, propiciadoras de narrativas sobre el sí-mismo y los posibles colectivos identificables en la dialógica transversal de otredades, con sus “*nosotros*” identitarios en juego (Guattari, 1996). A un tiempo que se consolida este ámbito intersticial, este “*in-between*” donde negociar la identidad y la diferenciación (Bhabha, 2002), se relativiza la distinción entre un “*adentro*” de la sede del Centro y un “*afuera*”. Con eso se enriquece el colectivo, abriendo la concepción del territorio y el “*nosotros*” desde todas las actividades, a las multiplicidades que se pretende aprehender, habilitando con ello el reconocimiento de las diferencias entre los jóvenes que convergen en el espacio educativo.

Lo maravilloso de la comunicación y el diseño es el entramado que genera, donde medios y fines pueden entrelazarse (Álvarez Pedrosian, 2016), cual cinta de Moebius, asegurando escenarios para la emergencia de sentidos (Deleuze, 1989), aquello que parece tan difícil de establecer en contextos territoriales como los que aquí nos ocupan, y en particular desde la población joven en situación de vulnerabilidad. Es decir: estos ejercicios cartográficos multi y trans-mediáticos, son a un tiempo fin y medio para otras cuestiones, por ejemplo, para cada uno de los temas y tópicos aprehendidos, “*adquiridos*” por las fotografías y su composición (Sontag, 2006). De cada uno de ellos pueden desprenderse procesos de aprendizaje, más específicos en algunos participantes, más generales de todo el equipo, según se traten, discutan, enriquezcan con más información por todas las vías posibles, incluyendo paseos y visitas a sitios de interés, o sea, practicando la movilidad urbana y territorial a escala de toda la ciudad y más allá. Cual hilos conductores, series de contenidos y expresiones, se pueden plantear educativamente aspectos ligados a lo que el centro educativo necesite trabajar. Si fuera posible avanzar en este tipo de propuestas, se podría profundizar en la participación directa de los jóvenes en su entorno en forma integral, y con ello promo-

ver con mayor ímpetu el ejercicio de sus propios derechos. Creemos que una de las conclusiones más sobresalientes de esta experiencia de investigación e intervención junto al Centro Juvenil, es la constatación del estado de fragmentación socio-territorial que se sigue produciendo más allá de las mejoras generadas en términos de vivienda, junto a una serie de prestaciones y servicios sociales que han mejorado la calidad de vida en general de la población, como en lo relativo a los sistemas educativo y sanitario. Hace falta promover, generar y afianzar si fuera el caso, prácticas que busquen coser, entramar los diversos fragmentos en que se habita en la periferia contemporánea, la cual sigue manifestando su condición de *“patchwork”* o colcha de retazos antes planteada e investigada en profundidad (Álvarez Pedrosian, 2013). Se trata de concebir prácticas rizomáticas de *“ensamblajes”* (Latour, 2008; Farías, 2011), de seres y entidades múltiples, como acción político-estética de producción de subjetividad, para lo cual lo tecnológico y los tópicos considerados en calidad de contenidos de los mensajes de variada índole, hacen a un *“activismo expresivo”* en tanto tácticas para la innovación *“de las formas de comunicación ciudadana”* (Rincón, 2013).

La mayoría de los jóvenes que asisten al Centro Juvenil están experimentando un cambio radical de vida a partir del realojo de la población del asentamiento de procedencia, aquél ubicado frente al santuario de la Gruta de Lourdes. La situación de realojo merece especial atención (Rodríguez & Rudolf, 2012), es compartida con una importante población de jóvenes vinculados de una u otra forma a políticas sociales de corte educativo, puede constituir una gran oportunidad. La temática a trabajar entonces podría ser más ambiciosa, el ámbito de vínculos intersubjetivos a promover más amplio, la participación en la toma de decisiones y acciones concretas para la mejora del hábitat más sostenida y profunda en sus efectos: los intersticios entre los fragmentos territoriales, el *“entre”* (Deleuze y Guattari, 1997) que hace falta diseñar, dar forma y hacerlo habitable: *“Reconocer las alternativas espaciales, y en consecuencia las posibilidades de reclamo de la justicia espacial y el derecho a la ciudad, implica, según Soja, tomar distancia de las diadas binarias como exterior-interior, público-privado, masculino-femenino, y encontrar en los espacios híbridos o zonas fronterizas la potencia para la construcción de alternativas.”* (Molano Camargo, 2016, p. 12). Por supuesto que los espacios interiores a las unidades habitacionales, los amanzanados barriales tradicionales y los asentamientos más o menos regularizados también están en juego. Las diferencias de escala hacen que se acentúen algunos sitios y acciones a seguir, pero en función de la composición general de los territorios existenciales, desde el interior de la vivienda hasta la ciudad y la región. Esto quiere decir que los *“sujetos cartografantes”* (Acelard & Régis Coli, 2010) deben orientarse en territorios multi-escalares, producir mapas topológicos. La dimensión intersticial, social y territorialmen-

te, es un “*entre*” cualitativo, donde operan cambios de escala: ¿estamos dentro de los fragmentos territoriales o entre ellos? Ambas cosas a la vez. Considerando a “*lo barrial*” como el tipo de territorialidad donde se establece una “*autonomía vinculante*” en dicho intersticio, el “*arte de los tamices y los filtros*”, donde las formas de lo público interpelan y la intimidad se muestra (Álvarez Pedrosian, 2018b), entre “*lo molar*” y “*lo molecular*” y sus “*saltos de códigos*” (Deleuze y Guattari, 1997), lo que está en juego en el mapeo y producción de territorio aquí implica una articulación de escalas, y con ello, una actuación más efectiva sobre la lógica de fragmentación y la condición de “*depósito*” en el que ha estado sumido Casavalle y la periferia urbana en términos genéricos durante gran parte de su historia (Álvarez Pedrosian, 2013). El desafío, en tal sentido, consiste en que los “*barrios*” en construcción superen las unidades constructivas de tipologías homogéneas, las incluyan atravesándolas con instalaciones y disponiendo la existencia de prácticas a desplegar que involucren, a otra escala, la vida de otros no residentes. Sensibilizándose y pasando a pensar posibles diseños para estas costuras, los jóvenes pueden habilitar espacios de encuentro y vincularse con sus semejantes residentes de “*otros*” fragmentos fronterizos, y de allí involucrarse mutuamente en el destino de sus entornos. Si fuera posible, estas prácticas pueden coordinarse institucionalmente con el Municipio u otras entidades y agentes territoriales, así como con otros jóvenes artistas y comunicadores ligados a la zona, para converger en acciones, promover otras, contar incluso con materiales, herramientas y otros insumos. Desde el manejo de programas informáticos para el diseño, a la construcción de equipamientos urbanos; se puede ir concretando esta arquitectura cotidiana productora de ciudad y ciudadanía.



11. Paisaje ingresando al Barrio Jardines del Borro desde el norte, en las manzanas que se han trazado sobre el arroyo Miguelete para realojar la población de asentamientos irregulares en complejos habitacionales de buena calidad, algunos cooperativos. La recolección y clasificación de basura es otra de las prácticas tradicionales de la población.



12. Caballo y carro de recolector de basura frente al nuevo complejo de viviendas, a un lado del arroyo Miguelete. Puede apreciarse el contraste entre la nueva infraestructura y las prácticas del habitar cotidiano sostenidas hasta el momento.

4. Territorialidades rurbanas para la superación de los márgenes

Montevideo ha surgido como ciudad opuesta a una otredad que se definió como “el interior”, todo el territorio nacional que no era ella misma. El esquema campo/ciudad se impuso, como en tantas otras latitudes, pero donde además se vio reforzado desde el principio de la colonización, en una forma de territorialización hasta nuestros días muy potente en sus efectos. Cuando a principios del siglo XX se lotearon fraccionamientos en la actual zona de Casavalle y otras semejantes bajo el rótulo de “*barrios jardín*”, el modelo de ciudad-jardín fue tomado como posibilidad para resolver esta interface difícil de esbozar desde el comienzo (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003; Lombardo, 2005). El resultado posterior: entramados de quintillas sobre algún camino (algunos considerados avenidas o rutas por la densificación), muchas de ellas cuidadas y habitadas con gran esmero, pero en un contexto que las ha transformado en zonas de gran precariedad y vulnerabilidad social. En el fondo, como se ha investigado, el esquema binario entre ciudad y campo no se vio alterado, aún más, se potenció por varias causas que llevaron al famoso esquema “*macrocefálico*” del Uruguay (Rial, 1984). El modelo de las Unidades Habitacionales, tomadas del movimiento moderno en arquitectura y el urbanismo asociado a él, fue explícitamente adoptado en el Plan Director de 1956, para paliar los problemas poblacionales ya muy visibles por entonces. Siguiendo las mejores de las intenciones y propósitos, el racionalismo optimista de entonces partía de la antecesora premisa positivista e ilustrada, según la cual, la población excluida social, económica y culturalmente del ejercicio de sus derechos, podía ser transformada a partir del instrumental del proyecto, según las virtudes del higienismo, la ética comunitaria y la estética sencilla pero actualizada de las tecnologías constructivas de punta. Como recoge Cajade (2018), en su análisis de las propuestas de Gómez Gavazzo, entre las que se encuentra la conocida por entonces como Unidad Habitacional Nº 2 Casavalle, la distancia entre el proyecto propuesto y lo que efectivamente quedó materializado fue trágica:

“La unidad barrial proyectaba 18 bloques de albergues de 12 unidades, 19 bloques de viviendas de 3 pisos y 5 edificios torres de 10 pisos totalizando unas 1.200 unidades, prometiendo no solo soluciones habitacionales sino también asistencia y ayuda social, una escuela, su propio centro cultural y una policlínica-nursery-biblioteca sumada a un mercadito y un quiosco policial cuyas obras se encontraban ya finalizadas hacia 1959. El listado lo completan: un local para club social y confitería restaurant; una sala de espectáculos para 800 espectadores para funciones de cine, de teatro y para conferencias y asambleas; oficinas municipales y de correos y telégrafo; un bloque de talleres para artesanos afincados en la unidad; y un parque deportivo con canchas, vestuarios y un gimnasio techado. Como podemos observar un programa increíblemente ambicioso y costoso que pretende brindarle al barrio y sus residentes todos los servicios urbanos que desearía cualquier montevideano. Los alberges precarios cumplirán

función de etapa intermedia para los habitantes de los rancheríos... probablemente, asociado a la crisis económica que empezó a golpear el país... (la) estrategia tendiente a llevar servicios, infraestructura, espacios públicos de calidad y soluciones habitacionales dignas se truncó definitivamente dejando el proyecto de Casavalle a medio construir. Sesenta años después, la Unidad Casavalle que vemos hoy es la tugurización y sobreconstrucción de los albergues transitorios construidos por el Plan Director de Montevideo de 1956.” (Cajade, 2018, pp. 94 a 96).

Es importante, por tanto, aprender de estos optimismos hoy catalogados de ingenuos, para no volver a caer en ideaciones no solo inviables, sino hasta contraproducentes cuando los planes no siguen los carriles esperados. Esto tampoco puede llevarnos al desencanto posmoderno para el cual la imaginación urbana y territorial está perimida (Gorelik, 2004), quedando la población directamente involucrada abandonada a su suerte. Recientemente, debido a debates ciudadanos sobre posibles obras de infraestructura en la socialmente valorada rambla sur de Montevideo, algunos agentes públicos tildaban de “románticos” a otros, incluso de la misma filiación político-partidaria, por proponer la necesidad de alternativas, apelando a lo costoso de su materialización. Parece ser que más de medio siglo después estamos en el mismo lugar. Pero la realidad se ha agravada a un tiempo que ha mejorado, paradójicamente: gran aumento de los estándares de vida a escala de la vivienda, de consumos básicos de los hogares, obras como plazas públicas inclusivas de última generación, centros cívicos y espacios deportivos concretados en los últimos años que nos remiten a aquel proyecto original, a un tiempo que se constata el nivel de tugurización de los complejos habitacionales transitorios devenidos en permanentes, copados por bandas delictivas, llegando a darse la expulsión de habitantes y ciertos tipos de mecanismos de defensa al estilo de fortificaciones (Bianchi, 2018).

En nuestro trabajo de campo nos hemos encontrado produciendo expresiones emergentes sobre territorialidades que van más allá de la distinción y jerarquización clásica entre “barbarie” rural y la “civilización” urbana (Williams, 2001; Cimadevilla, 2010). Se reconoce la existencia de múltiples territorialidades híbridas en lógicas socio-territoriales y formas de subjetivación que combinan de forma diferencial aspectos más ligados tradicionalmente a uno u otro de ambos polos. Como sucede cuando se cambia de paradigma, aquello que es visto como pura negatividad puede dejar entrever otras cosas, entre ellas las necesarias para promover e instalar procesos de mejora generalizada. Las maneras de ser, los diseños de espacios y ritmos de vida, las prácticas cotidianas y sus arquitecturas vernáculas nos muestran sensibilidades y estilos de pensamiento que no son fácilmente clasificables en el viejo esquema dualista de lo urbano y lo rural, más aún en las últimas décadas con el acceso masivo a las tecnologías digitales para el caso uruguayo. Consideramos que es allí donde hay que

hurgar para conectar con los “*focos autopoéticos*” de producción de subjetividad (Guattari, 1996), así como generar nuevos y poniéndolos a funcionar en articulación lo más posible. En ello se sustenta la construcción de identidades múltiples, de diversos “*no-sotros*” en lógicas de convivencia, ricamente conflictivas (Mouffe, 1999), ecológicamente tratadas (Guattari, 1990). Es así que se plantea la existencia de “rurbanidades”, incluso en dinámicas donde se invierte la tendencia comúnmente asumida donde toda ruralidad se convierte en ciudad (Cimadevilla, 2010). Esto mismo puede tener su correlato económico en emprendimientos, ya existentes o para ser planteados, apoyando y fomentando la inserción de los jóvenes en ellos.

El Plan Parcial para Casavalle, elaborado entre 2008 y 2015 (IM, s/f), ha significado un avance sustantivo en el camino por transformar no solo las condiciones de vida de los residentes, sino de las zonas periféricas de nuestras ciudades, las conocidas como de la “*interface rural-urbano*” (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003; Lombardo, 2005; Álvarez Pedrosian, 2013; IM, s/f). Para la sub-zona que llegamos a conocer en esta experiencia etnográfica de experimentación colaborativa, se plantea el Parque Lineal del Arroyo Miguelete, la instalación de viveros, se potencia la centralidad local existente por la Gruta de Lourdes y la Terminal de transporte, y se establece la necesidad de una profunda revisión habitacional en un área que vendría a coincidir aproximadamente con lo que hemos visto en otros documentos y medios de prensa ha comenzado a denominarse más o menos oficialmente con el nombre de Campos de Trápani. Entre asentamientos irregulares y espacios libres fuertemente marcados por los cursos de agua y sus ecosistemas actualmente sumamente agredidos, se avanza según los tiempos concretos de obras como las del realojo de las familias de los jóvenes asiduos al Centro Juvenil con el que hemos trabajado. Hemos intentado poner en relieve por lo menos un par de cuestiones centrales: la necesidad de hacer partícipe a la población residente, en especial a los jóvenes, en la materialización de las transformaciones en el hábitat a partir de un “*activismo expresivo*” (Rincón, 2013), y lo estratégico que resulta hacerlo focalizándose en los intersticios territoriales, los “*entre*” que van quedando o aún no han sido modificados por obras públicas. Una suerte de articulación entre organizaciones de base que trabajan en la zona con la población joven y las entidades públicas encargadas de ejecutar las obras maestras del Plan, permitiría dinamizar el proceso, permitiendo una apropiación por parte de los habitantes que de otra manera parece no poder encausarse.

Superar la condición de “*depósito espacial*” (Álvarez Pedrosian, 2013), implica poner en sinergia los elementos, sacarlos de su letargo, instalar y sostener “*círculos virtuosos*” de retroalimentación, “*focos autopoéticos*” de producción de subjetividad (Guattari, 1996). Tejer la periferia es transformarla en otra cosa, haciendo territorio

gracias a prácticas constructivas de creación, diseño y materialización en tanto formas expresivas, o sea comunicativas (Wigley, 1994), por parte de aquellos habitantes que por su situación etaria, educativa y de socialización, requieren ponerse “*manos a la obra*” sin otras dilaciones (Álvarez Pedrosian, 2018a), salir de la depresión y la apatía de una permanente moratoria, una espera instituida como condición de sometimiento (Auyero & Swistun, 2008). Lo mismo desde el punto de vista de los espacios intersticiales y fronterizos en general: no puede esperarse años para que vayan tomando forma, ya que van siendo degradados desde su propia constitución si no se les brinda un tratamiento específico, incluso por su aparente indiferencia, puesta en suspenso para otras etapas, lo que para la escala biográfica de cualquiera puede significar una gran parte de su vida, sino toda. Ayudaría mucho al proceso si a escala habitacional se consideraran otras posibilidades a las del conjunto en tanto unidad tipológica, o a lo sumo se tuviera en cuenta desde su diseño la necesidad de abrirse y dejarse atravesar, procurando inhibir la tendencia al aislamiento y repliegue del espacio y la lógica de fragmentación tan fuertemente instalada. Esto no es un rasgo exclusivo de estas realidades, como hemos visto hace a un paradigma en torno al diseño y la planificación (Sennett, 2018). El modelo mismo de ciudad está allí en juego, la existencia de bordes y márgenes que una y otra vez se desplazan, ampliando y complejizando las maneras en que se ejerce la ciudadanía. Esta experiencia nos ha permitido evidenciar una vez más la potencia de los factores estructurantes de una territorialidad, la lucha por su transformación y la necesidad de movilizar la innovación y creatividad para hilar más fino y alcanzar a superar dinámicas de reproducción fuertemente instaladas.

Referencias bibliográficas

Acselard, H. & Régis Coli. L. (2010). Disputas territoriales y disputas cartográficas: el surgimiento de nuevos sujetos "cartografantes". *Revista Internacional de Filosofía Política*, 35, 63-86. Disponible en: <http://espacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-2010-numero35-2040&dsID=Documento.pdf>

Agier, M. (2011). *Antropología da cidade. Lugares, situações, movimentos*. São Paulo: Terceiro Nome.

Álvarez Pedrosian, E. (2013). *Casavalle bajo el sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*. Montevideo: CSIC-Udelar.

____ (comp.) (2014). *Cartografías de territorios y territorialidades. Un ejercicio de integralidad en el encuentro de la geografía humana y la antropología de la comunicación*. Montevideo: EI-Udelar.

____ (2016). Las tramas socio-territoriales en las que habitamos: aportes para pensar la composición urbana en clave comunicacional. *Informatio*, 21 (2), pp. 69-87. Disponible en: <http://informatio.eubca.edu.uy/ojs/index.php/Infor/article/view/189>

____ (2018a). *Crónicas de un nuevo habitar. Producción de subjetividad urbana entre las mediaciones de un plan socio-habitacional*. Montevideo: CSIC-Udelar.

(2018b). Las territorialidades barriales y sus espacios de creación. En *Actas del XIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación: Comunicación en sociedades diversas, horizontes de inclusión, equidad y democracia*. San José: Universidad de Costa Rica. En proceso de edición.

Álvarez Pedrosian, E. & Blanco Latierro, M. V. (2013). Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 15. Disponible en: <http://www.bifurcaciones.cl/2013/12/componer-habitar-subjetivar/>

Auyero, J., & Swistun, D. A. (2009) [2008]. *Flammable. Environmental Suffering in an Argentine Shantytown*. Oxford: Oxford University Press.

Bhabha, H. (2002) [1994]. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

Bianchi, C. (2018). El bueno del Ministerio del Interior. Gustavo Leal en *Seré Curioso: "Cuidado con creer que esto se arregla con políticas sociales"*. En *Montevideo Portal*. Disponible en: <https://www.montevideo.com.uy/Noticias/Gustavo-Leal-en-Sere-Curioso--Cuidado-con-creer-que-esto-se-arregla-con-politicas-sociales--uc695837>

Boeri, S. (2010) [2003]. Atlas ecléctico. En Walker, E. (org.), *Lo ordinario* (177-204). Barcelona: Gustavo Gili.

Cajade, M. (2018). Pobreza urbana y rural en el Uruguay del 50. El caso de la Unidad Casavalle y el Rancherío Experimental de San José. *Encuentros Uruguayos*, 11 (1), 73-100. Disponible en: <http://encuru.fhuce.edu.uy/images/revistas/numero11/05-Pobreza-urbana-y-rural-.pdf>

- Careri, F. (2002). *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Cimadevilla, G. (2010). La cuestión rurbana: apuntes para una entrada comunicacional. *Intercom. Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*, 33 (2), 73-85.
- De Certeau, M. (2000) [1990/1980]. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G. (1989) [1969]. *La lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1997) [1980]. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-textos.
- Diez Tetamanti, M. & Escudero, B. (Orgs.) (2012). *Cartografía social: investigaciones e intervención desde las ciencias sociales: métodos y experiencias de aplicación*. Comodoro Rivadavia: Universidad de la Patagonia.
- Dodge, M. Kitchin, R. & Perkins, C. (2009). Mapping modes, methods and moments. A manifesto for map studies. En Dodge, M. Kitchin, R. & Perkins, C. (Orgs.), *Rethinking maps* (220-243). London: Routledge.
- Fagundez D'Anello, D. (2018). Análisis de las territorialidades urbanas en los diseños de intervención para el abordaje de adolescentes en situación de calle. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*, 17 (2). Disponible en: <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/1146/858#aff1>
- Farías, I. (2011). Ensamblajes urbanos: la TAR y el examen de la ciudad. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 11 (1), 15-40. Doi: <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v11n1.826>
- García Dalmás, A. & Martínez, M. (2018). Caminos en el desorden. Narraciones y territorios comunicacionales. En *Actas del XIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación: Comunicación en sociedades diversas, horizontes de inclusión, equidad y democracia*. San José: Universidad de Costa Rica. En proceso de edición.
- Gorelik, A. (2004). Imaginarios urbanos e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 1. Disponible en: <www.bifurcaciones.cl/001/Gorelik.htm>.
- Guattari, F. (1990) [1989]. *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-textos.
- ___ (1996) [1992]. *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- Haesbaert, R. (2011) [2004]. *El mito de la desterritorialización: del «fin de los territorios» a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1994) [1954/1951]. Construir, habitar, pensar. En Heidegger, M., *Conferencias y artículos* (127-142). Barcelona: Serbal.
- Ingold, T. (2000). *The perception of environment: essays in livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.

____ (2012). El diseño de ambientes para la vida. En Ingold, T., *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología* (19-34). Montevideo: CSEAM-Udelar-Trilce.

Instituto Nacional de Estadística - Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (INE-PIAI, MVOTMA). (2006). *Relevamiento de asentamientos 2006*. Montevideo: INE.

Intendencia de Montevideo (s/f). Plan Parcial de Ordenación, Recuperación e Integración Urbana de Casavalle. Montevideo: IM. Disponible en: http://municipiod.montevideo.gub.uy/sites/municipiod/files/Libro%20Ordenamiento%20%20Recuperaci%C3%B3n%20e%20Integraci%C3%B3n%20urbana%20de%20Casavalle_0.pdf

Kerckhove, D. de (2001). *The architecture of intelligence*. Basel-Boston-Berlin: Birkhäuser - Publishers for Architecture.

Lassiter, L. E. (2005). *The Chicago guide to collaborative ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.

Latour, B. (2008) [2005]. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Lévy, P. (2004). *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*. Washington DC: BIREME-OPS-OMS. Disponible en: <http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>

Lombardo, C. (2005). *Hacia la resignificación de Casavalle, Montevideo, Uruguay; lineamientos físico-territoriales*. Santiago de Chile: CEPAL-ONU.

Martín-Barbero, J. (2001). Transformaciones comunicativas y tecnológicas de lo público. *Galaxia. Revista do Programa de Pós-Graduação em Comunicação e Semiótica*, 2, 101-111. Disponible en: <https://revistas.pucsp.br/index.php/galaxia/article/view/1232>

____ (2010). Comunicación, espacio público y ciudadanía. *Folios*, edición especial, 37-51. Disponible en: <http://facultad.pucp.edu.pe/comunicaciones/ciudadyciudadania/wp-content/uploads/2016/05/jesu-martin-Comunicacion-espacio-publico-y-ciudadania.pdf>

Molano Camargo, F. (2016). El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Folios*, 44, 3-19. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n44/n44a01.pdf>

Mouffe, C. (1999) [1993]. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona – Buenos Aires: Paidós.

Navarro Díaz, L. (2016) [2010]. *Entre esferas públicas y ciudadanías: las teorías de Arendt, Habermas y Mouffe aplicadas a la comunicación para el cambio social*. Barranquilla: Ed. Universidad del Norte.

Reguillo, R. (2007). Ciudad y comunicación. Densidades, ejes y niveles. *Diálogos de la comunicación*, 47, 1-9.

Rial, J. (1984). Uruguay. La génesis de un país urbano macrocefálico. *Eure. Revista de Estudios Urbano Regionales*, 11 (31). Disponible en: <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/936/49>

Rincón, O. (2013). Las narrativas colabor-activistas: las identidades como innovación mediática. *Dixit*, 19. Doi: <https://doi.org/10.22235/d.v0i19.369>

Rodríguez, A. & Rudolf, S. (2012). *Construcción del ambiente residencial. Historias singulares de asentamientos, desalojos y realojos*. Montevideo: CSIC-Udelar.

Sennett, R. (2018). *Building and dwelling: ethics for the city*. Londres: Penguin Books.

Sontag, S. (2006) [1973]. *Sobre la fotografía*. México: Santillana.

Wacquant, L. (2007) [2006]. *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Wigley, M. (1994). La deconstrucción del espacio. En Fried Schnitman, D. (comp.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (235-264). Buenos Aires - Barcelona - México: Paidós.

Williams, R. (2001) [1973]. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

Winocur, R. (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México: Siglo XXI.